

# Pinceladas biográficas

## Los retratos de vidas de Eugenio Baroncelli

ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

“Un escritor es una persona que dedica años enteros a descubrir paciente-mente la segunda personalidad que lleva dentro y el universo que le ha formado así”, dijo **Orhan Pamuk** al recoger el premio Nobel. Probablemente para descubrir esto, el profesor italiano **Eugenio Baroncelli** dedicó mucho tiempo a la selección de rarezas, esguinces y cotidianidades en las vidas de todos aquellos que pueblan su universo. A personajes que proceden de la Historia, de la Literatura o de la casa vecina se les extrae de su marmágnum vital los dos o tres anecdóticos gestos que son susceptibles de convertirse en categoría.

Si para cualquier buen biógrafo es imprescindible conocer cada mínimo detalle del biografiado -cuanto más ahonde en los pormenores más cerca estará de esa verdad absoluta a la que aspira como ideal- a Baroncelli, por el contrario, le bastan dos o tres pinceladas para mostrarnos lo que merece la pena de una vida. En este sentido construye más bien antibiografías. Con dos o tres brochazos pasados por su filtro personal, nos asoma a las doscientas sesenta y siete vidas que aquí se agrupan por secciones: “Amantes”, “Diablos y magos”, “Freaks” o “Incurables” son algunos de los títulos de éstas, que ya pueden dar una idea de quiénes se juntan a su cobijo. En la titulada “El cielo”, por ejemplo, se nos muestra a Brewster

McCloud, el planeador: “Nació en Popular Bluff, Misuri, en 1915. De pequeño, deslumbrado por el apellido que le había tocado y por una descolorida instantánea de Otto Lilienthal en la que se lanza con alas, subido a una inverosímil estructura, desde la cima de una colina sin importarle la altura, desarrolló una exagerada irreverencia hacia la fuerza de la gravedad [...]. No renunció a su quizá anacrónico empeño hasta 1970, cuando descubrió que estaba atrapado dentro de una fantasiosa película de Robert Altman”.



**Doscientas sesenta y siete vidas en dos o tres gestos**

EUGENIO BARONCELLI

Traducción de Natalia Zarco

Periférica, Cáceres, 2016

317 páginas; 19,90 euros

Libro fascinante y personal, consigue apropiarse de cientos de biografías, con sus excentricidades, pero también con su normalidad más absoluta, entreteniéndonos y enseñándonos ese mundo que hay más allá de nosotros pero que, paradójicamente, suele comenzar donde acaba nuestra nariz. Nuestro yo y el de nuestros semejantes nos fascinan y atrapan en una espiral ególatra sin la que el mundo no sería mundo.

“Nació en Génova, en 1954. Acabada la secundaria encontró trabajo en el mercado como pesador de pescado. Día tras día se levantó en el corazón de la madrugada para no acabar hasta las once de la mañana. La vida le dibujó en el rostro rasgos huraños. El tiempo le endureció las manos como a un púgil. Por las tardes se ponía en las esquinas de las calles a mendigar un poco de pan que no necesitaba, y si alguien le ofrecía esa caridad la rechazaba. Los domingos iba al aeropuerto para ver despegar los aviones. ‘Así me siento una insignificancia vista desde las ventanillas del avión’”. Se llamaba **Ermanno Dinard**, y de vidas como la suya, acompañadas de otras más sonoras -**Séneca, Cervantes, Eugenio Montale, Lezama Lima, Luis XIII, Góngora, Darwin** o **Gólgol**- está repleto este libro encantador que el lector puede empezar a leer por cualquier página, porque todas, con su rara poesía de la existencia, resultan igual de sugestivas.

## Dos verdades honradas

### Una novela y la antología poética de Joaquín Pérez Azaústre

LAUREN GARCÍA

En la feliz y requerida dualidad **Joaquín Pérez Azaústre** acaba de publicar dos libros: **Corazones en la oscuridad**, una novela que rehace vidas como una lámpara encendida, un parapeto contra el dolor que nos encogerá y ensanchará, y la antología poética **Ella estaba detrás del laberinto**, síntesis de la evolución cristalina a lo largo de los últimos quince años de un poeta amante de la palabra con encono.

Los protagonistas de **Corazones en la oscuridad** viven las inclemencias de este tiempo aniquilador, cuya única defensa es un golpe de boxeo y la salida del sol como acontecimiento tras la inhóspita noche. Mujeres con las riendas de su vida en entredicho, cuyo hogar será un territorio de autodefensa, en una urbanización que pertenece a una ciudad ahogada por la realidad donde no reposan los sueños. Azaústre atina a definirlo como “disciplina de la supervivencia”. Cuando el futuro se tambalea inciertamente, el escritor cordobés les tiende con su esmerada prosa un puente hacia el pasado como almas resguardadas, retratos creados con la entereza de las pinceladas de la melancolía en el inmenso perfil hu-



**Ella estaba detrás del laberinto**

JOAQUÍN PÉREZ AZAÚSTRE

(Frida Ediciones),  
2016.; 166 páginas; 12 euros



**Corazones en la oscuridad**

JOAQUÍN PÉREZ

Anagrama, 2016.; 278 páginas; 18,90 euros

mano de Águeda, que desde la vejez comienza a caer en la desmemoria. Entonces el novelista evocará con pluma grácil la constancia del recuerdo con una imagen de belleza despiadada, que terminará por convertirse en un billete que devuelve a su familia, irreversiblemente, al pasado, en un tiempo donde las cuberterías brillaban en las mesas y se podía tomar una copa observando la caída del sol. El teatro y, sobre todo, la pintura serán piedras angulares de un argumento en el que Azaústre nos captura. La novela proyecta el casi imposible regreso a un tiempo pretérito mejor, cuando un libro tenía más valor y era posible bailar descalzo en los hoteles.

En **Ella estaba detrás del laberinto** se solicita con júbilo vital un entierro en París, para que “no haya nunca más tinieblas”. Una pureza no exenta del látigo de la pasión: “Háblame de países, / de aquel viejo que duerme con su espada, / de la dulce muchacha sobre el mármol, / de esos peces rosados que mueren por un sueño”.

También está presente el viento airo del deleite artístico donde se funden cine, música y literatura, día y noche, para contemplar “la luna sobre el mar, como un pan naranja/ capaz de alimentar todos los sueños”.

La escritura, será, pues, un campo en domingo, un jersey rojo que insinúa y muestra un poema henchido de deseo y nocturnidad. Ciudades como ventanas al mar, en las que el brindis es una obligación solitaria ya que “todo whisky bebido nos salva”. Poemas que disuelven las dudas “porque he salido a flote y soy la eternidad”, que entablan un tratado de felicidad como una mujer sobre un pedestal de palabras.